

LA GENERACIÓN actual conoce sólo de oídas a Georgina Hübner, la peruana que inspiró a Juan Ramón Jiménez uno de sus más hermosos poemas. El poema mismo no ha tenido mejor suerte: apareció en la primera edición de *Laberinto* (1910), libro hoy casi imposible de hallar, y su autor lo suprimió luego de las ediciones posteriores y aun de sus antologías: injusto destino para el más intenso de sus cantos elegíacos.

GEORGINA HÜBNER

al MARGEN de la CARTA a

Por Manuel SCORZA

La llamada "Carta a Georgina Hübner en el cielo de Lima" fue escrita para lamentar la muerte de la adolescente peruana, a quien, sin conocerla, a través de una correspondencia legendaria, el poeta amó.

El idilio había comenzado con una carta que, en el otoño de 1904, dirigió la muchacha limeña al poeta para solicitarle sus libros. Juan Ramón respondió y envió sus volúmenes. Y así, casualmente, entre Georgina (que no ocultaba su admiración por el poeta) y Juan Ramón, empezó una correspondencia que fue cambiando de tono hasta convertirse, por parte del autor de *Laberinto*, en un amor apasionado. No hace mucho que Antonio Oliver publicó alguna de las cartas que intercambiaron los amantes: ellas prueban —si no bastara el poema— que Georgina fue una de las grandes pasiones en la vida del poeta español. Por lo demás, como epígrafe de la *Carta* puso Juan Ramón (en la versión de *Laberinto*) el siguiente fragmento tomado de una de las cartas de Georgina: "... Pero ¿a qué le hablo a usted de mis pobres cosas melancólicas, a usted, a quien todo sonríe?... Con un libro en la mano ¡cuánto he pensado en usted amigo mío! Su carta me dio pena y alegría ¿porqué tan pequeña y ceremoniosa?"

Juan Ramón, pues, se enamoró de la distante muchacha que soñaba en sus versos, (¿trescientos años antes no amó famosamente Amarilis al gran Lope?) Georgina se apareció siempre para él con el prestigio del misterio, no la vio nunca. Y es fama que por aquel tiempo pasaron por Madrid unos estudiantes limeños Juan Ramón preguntó por Georgina. "Es buena y bella como un lirio respondieron —pero oculta siempre una romántica pena, acaso por no ser amada." Nos imaginamos la emoción del poeta. A partir de ese momento, Juan Ramón se propuso seriamente viajar a Lima para desposar a Georgina. En una de las cartas publicadas por Oliver está escrito: "Para qué esperar más. Tomaré el primer barco, el más rápido, que me lleve pronto a su lado. No me escriba más. Me lo dirá usted personalmente, sentados los dos frente al mar o entre el aroma de su jardín con pájaros y lunas..."

Y entonces, en la víspera del viaje, cuando Juan Ramón Jiménez se preparaba para partir hacia el Perú, el Cónsul de esa nación en Madrid, recibió una cable de Lima: "Comunique al poeta Juan Ramón Jiménez que Georgina Hübner ha muerto", palabras con las que casi textualmente empieza la elegía:

"El Cónsul del Perú me lo dice: 'Georgina Hübner ha muerto'
¿Has muerto? ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día?..."

Y Georgina entró a la leyenda de la mano del poeta moguereno. Y hubiera ahí nacido su resplandor interminable a no ser porque Georgina no ha muerto: vive todavía y bajo el cielo de Lima.

Don José Gálvez, un conocido poeta y ex presidente del Perú, a los sesenta y cinco años ha descrito el velo del misterio que escondía a Georgina: ella fue una irresponsable broma de estudiantes que la inventaron con el objeto de conseguir los libros de J. R. J. Hay que recordar que el poeta Jiménez era, entonces, el Dios indiscutido de la poesía que, con tan grandes prestigios, se inauguraba en España. Contados eran los dueños de sus libros en Lima. ¿Cómo conseguirlos? Sin medir las consecuencias, Gálvez y un amigo suyo, entonces estudiantes, inventaron a Georgina.

El poeta José Gálvez ha confesado: "En cuanto a la travesura a Juan Ramón Jiménez, efectivamente reconozco con franqueza que la hice en compañía de un amigo y compañero de labores en la Sociedad de Beneficencia Pública, cuando aún no tenía, creo, ni veinte años. Fue con el objeto de obtener sus libros que, por aquel entonces, no se conseguían en Lima."

—Luego, ¿Georgina no existía?— se preguntará desencantado el lector—. Pero sí: Georgina existía, no era un mito, sino la prima de Don Carlos Rodríguez Hübner, el compañero de trabajo a que alude Gálvez y todavía podría respondernos si le interesa. Georgina tenía un primo y Juan Ramón lo sabía y dice en el poema:

Me escribiste: "mi primo me trajo ayer su libro"
¿Te acuerdas? —y yo pálido— Pero ¿usted tiene un primo?
Quise entrar en tu vida y ofrecerte mi mano noble cual una llama Georgina... En cuantos barcos salían, fue mi loco corazón en tu busca...

La verdadera, la dulcemente irresponsable Georgina caligrafiaba las cartas que Gálvez y su primo le dictaban. Así, aromadas de mujer, iban sus cartas a España. Cuando las cosas amenazaban pasar a mayores, cuando ya no era posible retroceder, entonces Georgina "tuvo" que morir y el Cónsul del Perú recibió el célebre cable. ¿Por qué no consumó la verdadera Georgina la boda con el poeta? ¿Acaso quebró un inmortal epitalamio? No lo sabremos nunca. Románticamente los hechos sucedieron así para que se escribiera uno de los más bellos lamentos amorosos del español.

Carta a Georgina Hübner en el Cielo de Lima

El cónsul del Perú me lo dice: "Georgina Hübner ha muerto"...

¡Has muerto! ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día? ¿Cual oro, el despedirse de mi vida, un ocaso, iba a rozar la maravilla de tus manos cruzadas, dulcemente, sobre el parado pecho, como dos lirios malvas de amor y sentimiento? ... Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco, tus muslos están ya para siempre cerrados, en el tierno verdor de tu reciente fosa el sol poniente inflamará los chuparrosas... ¡ya está más fría y más solitaria La Punta que cuando tú la viste, huyendo de la tumba, aquellas tardes en que tu ilusión me dijo: "¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!"...

¿Y yo, Georgina, en ti? Yo no sé cómo eras... Morena? casta? triste? Sólo sé que mi pena parece una mujer, cual tú, que está sentada, llorando, sollozando, al lado de mi alma! Sé que mi pena tiene aquella letra suave que venía, en un vuelo, a través de los mares, para llamarme "amigo"... o algo más... (no sé... algo que sentía tu corazón de veinte años!

—Me escribiste: "Mi primo me trajo ayer su libro"...
—¿te acuerdas?— y yo, pálido: —"Pero... (usted tiene un primo?"—

Quise entrar en tu vida y ofrecerte mi mano noble cual una llama, Georgina... En cuantos barcos salían, fue mi loco corazón en tu busca... y creía encontrarte, pensativa, en La Punta, con un libro en la mano, como tú me decías, soñando, entre las flores, encantarme la vida!...

Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte, no saldrá de este puerto, ni surcará los mares, irá por lo infinito, con la proa hacia arriba, buscando, como un ángel, una celeste isla... ¡Oh, Georgina, Georgina! ¡qué cosas!... mis libros los tendrás en el cielo, y ya le habrás leído a Dios algunos versos... tú hollarás el poniente en que mis pensamientos dramáticos se mueren... desde ahí, tú sabrás que ésto no vale nada, que, salvado el amor, lo demás son palabras...

El amor! el amor! ¿Tú sentiste en tus (noches el encanto lejano de mis ardientes voces, cuando yo, en las estrellas, en la sombra, en la brisa, sollozando hacia el sur, te llamaba: Georgina? Una onda, quizás, del aire que llevaba el perfume inefable de mis vagas nostalgias, ¿pasó junto a tu oído? ¿Tú supiste de mí los sueños de la estancia, los besos del jardín?

Cómo se rompe lo mejor de nuestra vida! Vivimos... para qué? para mirar los días de fúnebre color, sin cielo en los remansos... para tener la frente caída entre las manos, para llorar, para anhelar lo que está lejos, para no pasar nunca el umbral del ensueño, ah, Georgina, Georgina! para qué tú te mueras una tarde, una noche... y sin que yo lo sepa!

El cónsul del Perú me lo dice: "Georgina Hübner ha muerto"...

Has muerto. Estás, sin alma, en Lima, abriendo rosas blancas debajo de la tierra... Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran,

¿qué niño idiota, hijo del odio y del dolor, hizo el mundo, jugando con pompas de jabón?

JUAN RAMON JIMENEZ,